

LA ARQUITECTURA CISTERCIENSE EN SANTA MARÍA DE MEIRA

Por A. Yebra de Ares

Adios, Convento de Meira,
Convento de moitos frades;
dicen as mozas de Meira
Convento nunca te acabes.
“popular”



Encontramos en el país de Meira, una de las más representativas obras de la arquitectura de la Orden del Cister en el siglo XII, que con Armenteira y San Clodio en Galicia, La Oliva en Navarra y Huerta en Soria, podemos decir que son la esencia y manifestación del románico borgañón, que los cistercienses han traído a España.

De la Orden de San Benito, aquel monje nacido en Italia, en el siglo V, hoy patrón de Europa y muy venerado en Galicia, nacen tres órdenes religiosas, los benedictinos, los cistercienses y los trapenses. En la región de Borgoña estaban los magníficos monasterios: Claraval y Císter, esencia viva de la orden Cisterciense. Los benedictinos tenían su monumento en Cluny y los monjes establecidos en Meira pertenecían al Císter.

Llegan los primeros monjes a las desérticas tierras de Meira, allá por los años de 1151, tierras que habían sido donadas por el Conde don Álvaro Rodríguez, para la fundación de su monasterio. Aquí, en Meira, al amparo de la sierra, en unos terrenos vírgenes donde el verde es vida y el agua armonía, encuentran los monjes blancos un aposento ideal para su vida de oración y de trabajo, siguiendo las normas de Claraval de "ora et labora". La Orden levanta un gran monumento, que si toda su fábrica no ha llegado a nosotros, sí llegó, la más viva representación de su arquitectura, en la soberbia Iglesia, hoy templo parroquial, que podemos contemplar en la villa de Meira. Este templo, parte del desaparecido monasterio, fue construido en el año 1246, siendo maestro de obras el monje Domingo Ibáñez, y se consagra dieciséis años después por el Obispo de Lugo, don Miguel.

Para hablar de esta edificación de Meira, antes tenemos que mencionar la famosa "apología" del abad de Claraval; San Bernardo, este monje, luego santo, había nacido en el año 1090 en el pueblo de Fontaines-les Dijón, en la región de Borgoña. Su apología, sátira contra el humanismo mundano, en su capítulo general de 1134, recuerda la prohibición de ornamentos y accesorios de cierta calidad. Las casullas serían de un solo color, así como los manuscritos y encuadernaciones de una muy simple confección, no admitía vidrieras de color ni esculturas, los pórticos sin ser esculpidos y los campanarios cortos y de madera. Así mismo, se manifestaba que todo debía de ser muy primario, pobre e intrascendente, de aquí tomamos las ideas de San Bernardo, que afectaban al arte y, sacamos en conclusión las normas dadas para edificaciones primitivas, como la de Santa María de Meira.

Esta Iglesia conserva su estructura intacta, su primitivismo ordenado por Claraval, y su románico borgoñón, que si excluimos los elementos de transición, como son los tramos centrales de los cruceros, de un marcado gótico, no entraron en ella, como en edificios similares, otras tendencias arquitectónicas, incluidas las influencias del románico compostelano de tanto vigor en aquellos años, que tampoco llegó a Meira.

El templo se levanta sobre planta de cruz latina. Con tres naves, una central de mayor altura y dos laterales, crucero, ábside semicircular y cuatro capillas adosadas. La nave central de más altura que las laterales, se cubre con bóveda de cañón apuntado, se sostiene por arcos fajones, que marcan nueve tramos apoyados en fustes adosados a unas compuestas pilastras que separan las naves, estos fustes son cortados a la altura de los apoyos de los arcos formeros y rematan en capiteles lisos, menos los tres más próximos al crucero. Recibe esta nave luz directa por nueve ventanas en arco de medio punto con amplio derrame de luz, entre los arranques de los arcos torales, cortando la imposta corrida y formando una prolongación de los ábacos parte del capitel de los mencionados capiteles. Las naves laterales se cubren con bóveda de arista, los arcos que la dividen se apuntan sobre semicolumnas adosadas a los pilares y al muro exterior.

El crucero, de dos tramos, lo cubre en los brazos, bóveda de cañón agudo. El cuerpo central es de bóveda de nervios diagonales, los arcos fajones se apoyan en plintos lisos y basas áticas, los capiteles son de una sencilla decoración vegetal.

La cabecera se forma con las cinco capillas adosadas, todas de bóveda de cañón apuntado. El ábside central con cabecera semicircular luce tres ventanas que dan paso a un pequeño derrame de luz. En el exterior, estas ventanas constan de dos arquivoltas de medio punto apoyadas en columnas acodilladas en la arista del muro, con capiteles de tipo vegetal. El alero descansa sobre faja construida por arquitos de medio punto apeados en los capiteles de las columnas mencionadas y en canecillos labrados con una ornamentación variada y simple.

La fachada principal está dividida en tres secciones enmarcadas por contrafuertes escalonados. La septentrional tuvo una gran puerta, hoy tapiada. La zona sur, está formada por una esbelta torre de planta rectangular, formando cuerpo con el contrafuerte, en su parte superior luce un reloj de amplia esfera y sobre un pequeño alero se levanta un reciente campanario de piezas de granito muy amplio, destacando del resto de la edificación. Existió en pasados tiempos otro similar de piedra de cachote y, nos atreveríamos a decir que el primitivo pudo ser un sostén de madera para colgar la campana. El cuerpo central del frontis, lo más significativo de la obra, se remata en un hastial o piñón, y se divide en dos paños separados por una sencilla imposta. La parte superior luce un magnífico rosetón, muy de la arquitectura de la Orden, luego copiado en otras edificaciones, como el que nos presenta la Catedral de Mondoñedo. Este rosetón enmarca el vano con tres arquivoltas artísticamente decoradas. El cuerpo inferior muestra la portada, formada por arco de medio punto y tres arquivoltas con molduras y decoraciones variadas. Descansan las arquivoltas en columnas de fustes monolíticos, con basas áticas y capiteles de vegetación. Apoyado en lisas mochetas se sostiene, bajo la arquivolta menor, un tímpano liso. La puerta, de gruesa madera, se refuerza con herrajes medievales de gran valor artístico, son similares a los que se encuentran en las puertas de la Catedral de Lugo, en la Iglesia de Vilar de Donas, en San Salvador de Sarria y en Hospital de Incio. Otra puerta similar, que daba paso desde el crucero al desaparecido claustro, está decorada en su tímpano con un bajorrelieve con figura de un "Agnus-Dei".

De lo que fue la abadía, hoy solamente nos queda la parte que fue la portería, que pasó a ser aposento del Ayuntamiento de Meira, y en tiempos, también escuela. Esta fachada hace ángulo con el templo, formando una magnífica plaza. Su frontis principal se enmarca por cuatro columnas adosadas que arropan un gran portalón en arco de medio punto, dando paso a un espacio formado por soportales sostenidos por columnas lisas y capiteles decorados. Sobre la puerta sobresale un amplio balcón y ya, a la altura del alero un frontón con remate triangular que guarda un esculpido escudo de la Orden y de la Congregación de Castilla.

Esta arquitectura cisterciense de los primeros años llega a nosotros mostrándonos un estilo único, que si su formación no demuestra un abuso de ornamentos decorativos, como otros munumentos similares, no por ello es de menor interés. Es una obra que enmarca una época y una escuela propia, todo ello suficiente para tener en cuenta su gran valor artístico; máximo, en este caso singular de Santa María de Meira, donde la pureza de la ejecución es equivalente a los primitivos tiempos de la Orden y la conservación que llega a nosotros bastante buena.